



Abre los ojos (Alejandro Amenábar, Esp. 1997)

César es un atractivo y apuesto joven que ha heredado una gran fortuna de sus padres. Vive en una espléndida casa de su propiedad en la que organiza lujosas fiestas. Cuando una noche su amigo Pelayo le presenta a la hermosa Sofía, Nuria, que fue amante de César, se muere de celos y, al día siguiente, yendo en coche con César, intenta suicidarse. Cuando éste se despierta en el hospital, su rostro se encuentra horriblemente desfigurado.

¿QUÉ REALIDAD QUEREMOS?

Podríamos servirnos de diversas escenas de esta excelente película para hablar sobre temas como la importancia de la apariencia en nuestra sociedad por encima de los valores personales, o como el culto a nuestro propio ego que nos ciega ante la percepción que podamos generar en los demás, pero nos vamos a quedar con el desconcierto entre realidad y ficción que sufre el espectador a lo largo de todo el film.

El director juega como un malabarista con esta dualidad de tal forma que no conseguimos discernir qué es cierto y qué es ficción. Incluso una vez finalizada la película, nuestras dudas quedan flotando en el aire que nos envuelve.

Si aceptamos que la realidad no es más que la percepción que cada uno de nosotros tiene respecto de un hecho, llegaremos a la conclusión de que hay tantas realidades sobre algo como observadores pueda haber sobre ello. De esta forma podemos entender por qué, aun suponiendo la mejor de las intenciones, un dato puede ser interpretado desde muy distintas perspectivas. Es aquello tan trivial de cómo interpretamos algo tan simple como es una botella con la mitad de su contenido. ¿Llena? ¿Vacía?

No vamos a entrar a plantearnos si realmente estamos viviendo la vida que creemos o - como se cuestiona en otra inquietante película como es "Matrix"- si solo somos generadores de energía en un mundo computerizado. Pero sí que nos gustaría reflexionar sobre la fragilidad de nuestras percepciones.

Nos preguntamos qué podría ocurrir si ante una situación económica dada simplemente cambiásemos nuestro sentido de la percepción. La realidad de estos momentos es la que es, no queremos engañar a nadie, pero lo cierto es que hay quien se empeña en interpretarla desde un aspecto positivo y busca las oportunidades y las aprovecha.

Es como si durante años hubiésemos estado conduciendo por una amplia autopista totalmente recta y de varios carriles, por la que iba delante el que llevaba el coche más potente. De repente, la autopista se ha convertido en una carretera estrecha y llena de curvas. La potencia del motor del coche puede ayudarnos, pero ahora cuenta más la pericia del conductor. Si éste es hábil, conseguirá sacar un buen trecho a los perseguidores, muchos de los cuales es posible que se detengan en el arcén simplemente para lamentarse de que la recta autopista por la que circulaban cómodamente se haya transformado en, por poner un ejemplo, el famoso y revirado Col de Turini por donde solía pasar el Rally de Montecarlo.

En estos momentos cambiantes podemos seguir dudando de cuál es realmente nuestra realidad, pero lo cierto es que lo importante no es esto, sino cómo actuamos y reaccionamos. Tal vez solo dentro de cierto tiempo podremos constatar si hemos acertado o no, pero no nos dejemos paralizar por las apariencias. Aunque muchos sigan lamentándose de cuánto nos rodea y sigan echando de menos los tiempos pasados, solo aquellos que sean capaces de interpretar la realidad desde otra perspectiva seguirán pescando en río revuelto.

Puesto que no podemos saber cuál es la verdadera realidad... ¿Por qué no preguntarnos cómo queremos que sea nuestra realidad?